

Don de la sobriedad

El periodista alemán Daniel Schreiber reflexiona en primera persona sobre la adicción al alcohol y sus consecuencias

■ JAVIER MENÉNDEZ LLAMAZARES

«A mí siempre me gustó beber. Solo y en compañía. En bares o sentado en el sofá de casa. Los fines de semana y a diario», desvela Daniel Schreiber (Mecklemburg, Alemania, 1977) desde casi el principio de 'La última copa' (Libros del Asteroide, 2020), un ensayo entre lo analítico y lo testimonial que supuso un éxito de ventas en su país cuando apareció la primera edición en 2014.

Sucedee que, como cantara Claudio Rodríguez en su más célebre poemario, su boca y su alma esperaban la claridad, pero la perseguían ebrios. Y evoca su relación con la bebida como si de una historia de amor se tratase: los pinot noir californiano, los rieslings ale-

manes o los cavas españoles fabricaban una ilusión: la de «acallar las voces que de vez en cuando se ponían a armar ruido en mi cabeza, recordándome que no todo era tan de color de rosa como yo deseaba». Schreiber no encajaba en las definiciones habituales de un alcohólico; profesional de éxito –es un reconocido crítico de arte y firma de prestigio en varias revistas internacionales–, ni siquiera él se veía como tal, aunque su consumo de alcohol distaba mucho de ser moderado. Aunque algunos detalles podrían haberle puesto sobre la pista: los trenes y aviones que perdía, las resacas continuas, el frecuente olvido de aniversarios familiares, las discusiones inexplicables, los problemas de dinero o las mañanas en las que despertaba con alguien desconocido en su cama. Su vida era un drama.

Cuando al fin fue consciente de que aquello no era amor, sino dependencia de la bebida, optó por una decisión radical: abandonarla. La historia de una superación que Schreiber relata en primera persona, pero que apoya con

muchos ejemplos reales, de personas de su entorno o a los que ha accedido indirectamente, pero además traza un retrato sociológico y psicológico de las adicciones al alcohol y de sus víctimas. Y para ello recurre a literatura especializada, como el famoso estudio Grant, que desde 1938 realiza una curiosa contabilidad, la de la felicidad de varios privilegiados norteamericanos –blancos, de clase alta y sin problemas de salud al inicio–, y el paralelo estudio Glueck, con sujetos que viven en los barrios más deprimidos de Boston. La comparación de ambos demostró la gran influencia del alcohol en el de-



LA ÚLTIMA COPA

Título: *La última copa*. Autor: Daniel Schreiber. Ensayo. Ed. Libros del Asteroide, 2020. 192 pág., 17,95 €.

terio de la calidad de vida, pero también arrojó datos inesperados, derrumbando prejuicios como que la adicción sea consecuencia de un trastorno mental previo.

Tras el paso necesario de superar el autoengaño y asumir la realidad de la situación, Schreiber recurrió a Alcohólicos Anónimos. Algo muy habitual en Estados Unidos, donde él había residido largo tiempo, pero más exótico en Europa, donde en lugar del victimismo americano persiste una mala imagen del alcoholismo, que más bien pretende minimizar los daños y maquillar una realidad vergonzante –«yo no soy alcohólico; los alcohólicos van a reuniones, no a fiestas», reza un malintencionado chascarrillo que recoge el autor–.

Curiosamente, una vez superada su adicción a la bebida, arreció otra dependencia: la del tabaco. Comparando ambos, el autor se sorprende de que se felicite a un ex-fumador por dejar su vicio, pero en cambio al alcohólico siempre le señale un estigma social. Aunque el verdadero reto pasa entonces a ser convertirse en el tipo raro que no bebe en las reuniones sociales. Un laberinto del que no es fácil escapar, y que Schreiber describe de modo magistral.